Santa beatriz de silva

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

SANTA BEATRIZ DE SILVA

Fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción

(Monjas Concepcionistas)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

Nacimiento de Beatriz

Corría el año 1415 cuando el rey de Portugal, Juan I, se dispone a conquistar a Ceuta para el cristianismo. Para ello prepara una gran escuadra con los mejores pertrechos de guerra y pone al frente del ejército al valiente capitán Don Pedro de Meneses.

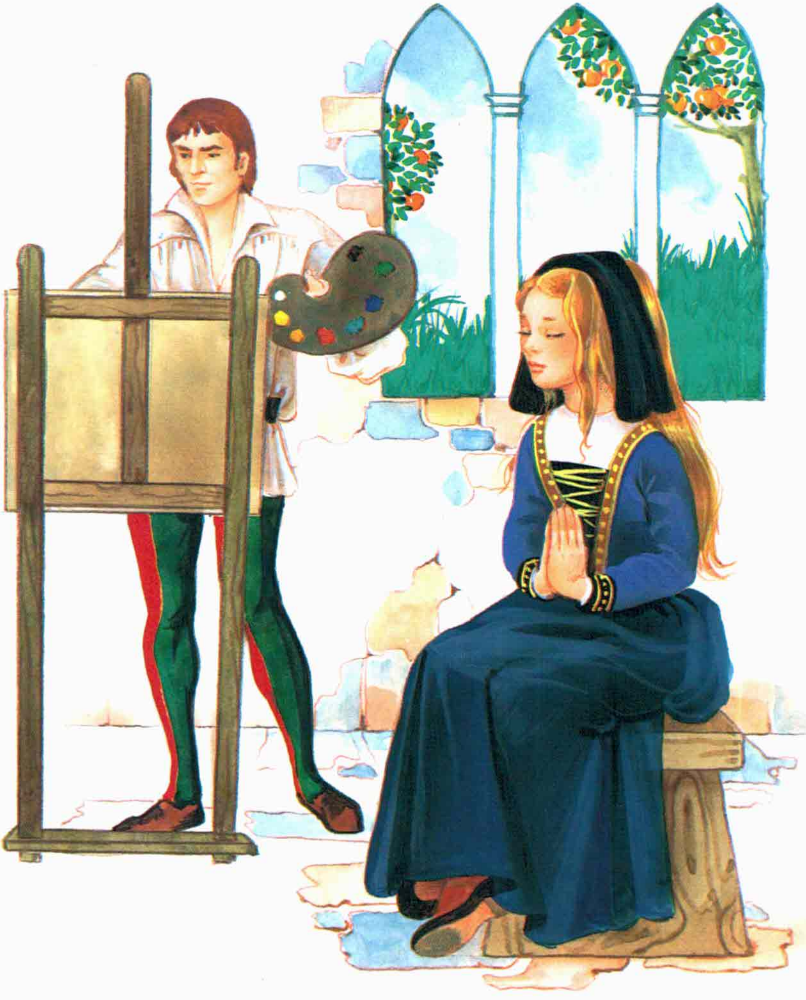
Las barcazas, bien equipadas de hombres armados, cruzaron el Estrecho, y una gran batalla se libró en Ceuta hasta conquistar la ciudad. La mezquita fue purificada, y el día 23 de agosto se celebraron en ella los primeros cultos cristianos. El rey nombra Gobernador de Ceuta a don Pedro de Meneses, futuro abuelo de nuestra Santa.

Un joven caballero, llamado Ruy Gómez de Silva, que se había distinguido en la conquista por su valor y noble comportamiento, vino al fin a casarse con Isabel de Meneses, la hija del gobernador.

Dios bendijo al joven matrimonio Silva-Meneses concediéndoles gran número de hijos, y entre ellos una preciosa niña de dorados cabellos a quien pusieron de nombre BEATRIZ. Su vida transcurre entre estas dos fechas, la de su nacimiento por los años 1424-1426 y la de su muerte 1491-1492.

Años más tarde el rey de Portugal agradecido a los buenos servicios de don Ruy Gómez le ofreció la alcaldía de Campo Mayor de Alentejo (Portugal), por lo que los padres de Beatriz tuvieron que dejar a Ceuta para venir a instalarse en dicha villa de Campo Mayor, donde la niña Beatriz recibió esmerada educación, según los conocimientos y las costumbres de la época.

Allí fueron los P.P. Franciscanos los elegidos y encargados por los padres de la educación de todos sus hijos.



Amor de Beatriz a María

En la casa de la noble familia Silva, se profesaba gran devoción a la Virgen María, distinguiéndose especialmente Beatriz, por su amor al misterio de la Inmaculada Concepción.

Todos sus biógrafos hacen grandes elogios de su piedad y virtud ya desde la infancia, y los testigos del Proceso de su canonización declaran que desde niña fue dovotísima del misterio de la Inmaculada Concepción.

La Madre Catalina de San Antonio, con efusión incontenible, escribe: "A mi sentir no ha habido santo en la Iglesia de Dios, que en lo tocante al misterio de la Inmaculada Concepción, haya hecho a Dios tan gran servicio como esta varonil mujer".

Como testimonio de su amor y veneración a la Virgen, puede servirnos el siguiente suceso: Habiendo encargado el padre de Beatriz a un pintor que le dibujase un cuadro de la Virgen, y habiendo éste visto el rostro de la niña, quiso que le posase de modelo. Después de muchos ruegos no tuvo más remedio Beatriz que obedecer las órdenes del padre, pero no consiguieron que abriera sus ojos encantadores. Así el artista pudo reproducir las faciones de la bella doncella, resultando un cuadro de María con los ojos semicerrados y de sublime modestia. Este cuadro se guarda con especial veneración en la iglesia de la Misericordia de Campo Mayor.

Beatriz desde que tuvo uso de razón, todo su afán era imitar y servir a la Señora, destacándose principalmente en la virtud de la pureza, y así muchas veces hablando con Ella le decía: "Madre mía, enséñame a tener limpia el alma, para que cuantos me miren se acuerden de tí".

En la corte de Castilla

Madrigal de las Altas Torres (Avila) se ha vestido de fiesta; por calles y plazas hay música y alegría, las ventanas del palacio real están adornadas con tapices de rico terciopelo bordado en fino hilo de oro y plata. Va a celebrarse la boda del Rey Juan II con Isabel la princesa de Portugal.

La joven Reina Isabel, elige a Beatriz de Silva como primera dama de honor y consigue traerla a Castilla, donde es la admiración de todos por su bondad y belleza.

Meses más tarde los Reyes y su corte van a vivir al Palacio Real de Tordesillas (Valladolid).

El encanto de Beatriz fascina a cuantos la conocen; muchos jóvenes la solicitan en matrimonio; pero ella tiene un secreto: desea ser toda de Dios.

A Beatriz le gustaba pasear por los jardines del palacio y contemplar la hermosura de las flores y el infinito cielo azul que tanto le hablaba de la grandeza del Creador. También le gustaba visitar el Real Monasterio de Santa Clara y pasarse diariamente muchos ratos junto a Jesús Sacramentado.

Dicen los historiadores de la época que era la mujer más hermosa y agradable de España y que era solicitada en matrimonio por los jóvenes de mayor alcurnia, pero su única ilusión era el retiro y el pertenecer totalmente a Dios.

Los franciscanos, capellanes del monasterio de Santa Clara eran los directores de su alma encantadora.

A Jesús se le ama más cuanto más se le conoce, y para conocerlo hay que tratarlo en la oración; por eso Beatriz le amaba tanto, porque se pasaba muchos ratos de oración.

Beatriz es encerrada en un baúl

Beatriz era bella y pudorosa. Un paisano suyo, Niñer de León, escribió que era "la mujer más hermosa que había en España". Su hermosura se hizo proverbial, y a pesar de sus esfuerzos por mantener su conducta intachable, ciertos palaciegos maliciosos y desalmados la calumniaron de tener secretos amores con el mismo Rey.

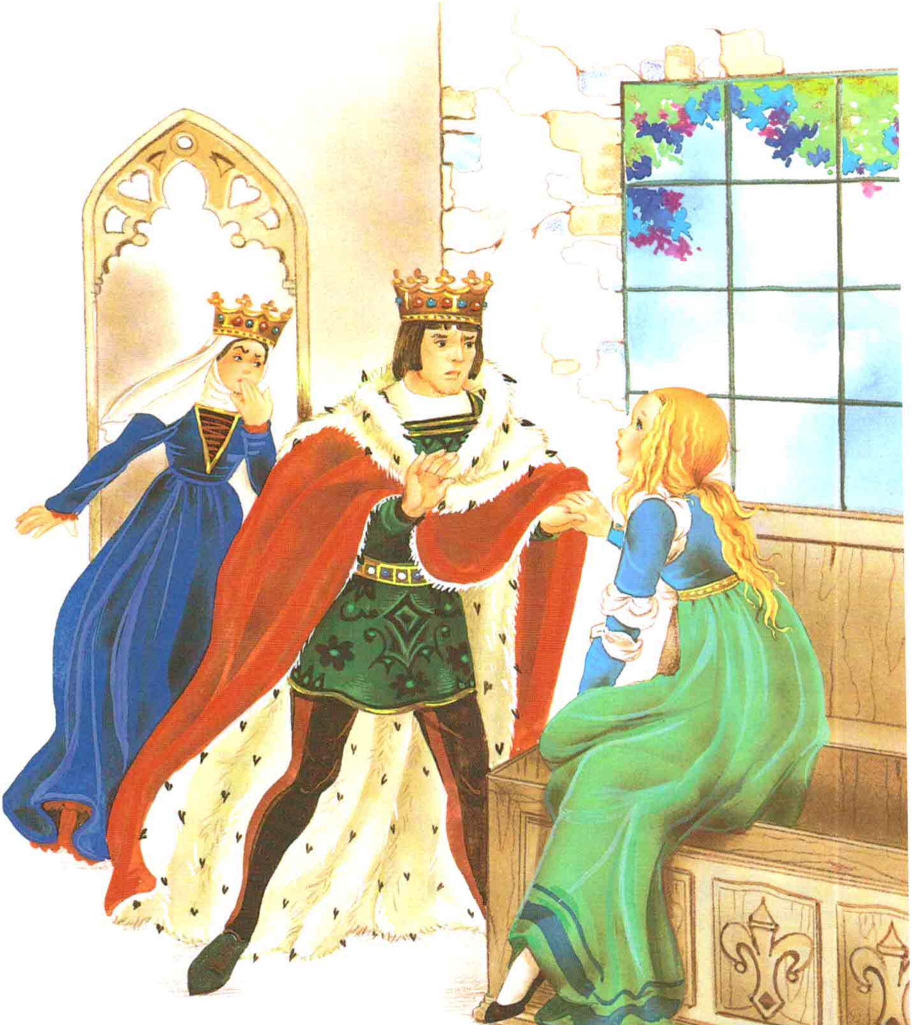
Llegando los rumores de la calumnia a oídos de la Reina, ésta viéndola tan hermosa y sabiendo que era el encanto de todos, empezó a dudar de la fidelidad de su marido el Rey y a sentir en su corazón unos horribles celos que le devoraban el alma, concibió el desentenderse de ella.

Llama una tarde a Beatriz y simulando querer contarle un secreto, la llevó por un solitario pasillo del palacio hasta un lugar donde tenía preparado de antemano un gran bául abierto. Al pasar junto a él, la Reina de improviso le dio un fuerte empujón haciéndola caer dentro del arca y cerrándola rápidamente con llave, abandonándola en la oscuridad.

Beatriz metida en aquella estrecha prisión, se entregó en manos de la Providencia y se encomendó a la Santísima Virgen con gran ternura y devoción. En aquel momento se le aparece la Reina de los cielos hermosa más que la luz y resplandeciente como los rayos del sol, vestida con hábito blanco y manto azul, y después de confortarla con cariño maternal, le dijo:

"Beatriz: quiero que fundes una nueva Orden en honor de mi Inmaculada Concepción, vistiendo hábito blanco y manto azul como llevo Yo".

Beatriz agradecida, se ofreció su sierva y esclava, y consagrándole su virginidad, se ofreció en cuerpo y alma al servicio de su celestial Señora. La Virgen, después de prometerle que saldría sana y salva del arca, desapareció dejando a Beatriz enardecida de felicidad.



Beatriz es rescatada

Tres días estuvo Beatriz encerrada en aquella oscura tumba sin comer ni beber. Al ver que pasaban los días y no aparecía, su tío Don Juan de Silva Meneses, inquieto y preocupado, como sospechara de la Reina, se atrevió a abordarla y preguntarle por su sobrina.

La soberana, displicente y aferrada a su decisión, le responde secamente: "Venid y la veréis", imaginándose que la encontraría asfixiada en el cofre.

Se dirigieron al lugar de la prisión, y el caballero Silva Meneses se lanza a abrir el arca con visible ansiedad. ¿Qué le tocaría ver? La angustia y ansiedad era enorme...

Levantan la tapa, y, ¡oh sorpresa! La encuentran viva y alegre, con rostro sonrosado como un ángel. Llena de alegría y emoción se lanzó a los brazos de su tío que la recibió con indescriptible emoción.

Al haber encontrado viva a la que pensaba muerta, la sorpresa y el estupor de la Reina es enorme. Se la quedó mirando con ojos desorbitados como petrificada.

La noticia se extiende rápida como el viento por todo el palacio y hasta el último rincón de Tordesillas, condenando todos la maldad de la Reina y bendiciendo a Dios que había salvado a la inocente Beatriz.

La Reina, al verse burlada y al ver que todos la miraban con recelo y se sentían alegres de que Beatriz se había salvado, incluso el Rey, sintió crecer en su corazón un odio infernal hacia Beatriz, por lo que la ordenó abandonar inmediatamente el palacio.

Según algunos historiadores, a los tres días de salir del cofre, abandonó Beatriz a Tordesillas y acompañada de tres sirvientas se dirigió a la imperial Toledo.

Mientras recorrían las tres mujeres aquellos polvorientos caminos iban con el temor de encontrarse con los grupos banderilleros de don Alvaro de Luna y sus rivales.

Se le aparecen San Francisco y San Antonio

El Papa Pablo VI en la Bula de su canonización, refleja así este pensamiento: "Y, huyendo del bullicio, como de otro Egipto, se apresuró a encerrarse en la soledad para recibir la ley salvífica de vida y, acompañada de dos sirvientas, ocultó decididamente su florida juventud dentro de los muros de un monasterio".

En su camino hacia Toledo, un atardecer al pasar por un monte, aparecieron entre los árboles dos frailes con hábito de San Francisco. Se asustó Beatriz creyendo que los mandaba la Reina para que la confesaran para luego entregarla a los verdugos.

Ellos, al acercarse y verla llorar, le preguntaron con mucha mansedumbre por qué lloraba y qué le pasaba. Repuesta del susto ella les contó su temor. Entonces los frailes, consolándola, la dijeron que no tuviera miedo, que no le pasaría nada malo de parte de la Reina... Y añadieron que eran mensajeros que venían a consolarla y a notificarle que llegaría a ser una de las señoras más importantes de España y que sus hijos serían nombrados en toda la cristiandad.

—A esto ella respondió que era doncella, que tenía ofrecida a Dios su virginidad y que jamás se casaría con hombre alguno.

—A esto dijeron ellos: Lo que hemos dicho ha de ser.

Mientras iban hablando, llegaron por fin a una venta que había en el camino. Al llegar a la venta, Beatriz los invitó a entrar a tomar algún refrigerio, pero en aquel momento los frailes desaparecieron misteriosamente, dejando a Beatriz consolada y firmemente persuadida de que se trataba de San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, de quienes ella era muy devota.

Desde entonces todos los años celebraría la fiesta de estos Santos con especial devoción.

En Santo Domingo el Real

Llegada por fin a Toledo y deseosa de paz y santidad, se dirige al monasterio de Santo Domingo el Real. La Abadesa le abrió gustosa y admirada las pesadas puertas del convento y la condujo con sus doncellas hasta su celda.

Allí moró durante unos treinta años en calidad de seglar, acompañada de sus doncellas, repartiendo su vida entre el trabajo y la oración, siendo un preclaro ejemplo de honestidad y virtud.

Gran parte de la noche se la pasaba en oración junto al Sagrario, donde floreció en amor a Jesús paciente y al misterio de la Inmaculada Concepción.

Por entonces murió el Rey, y la Reina arrepentida de lo que había hecho con Beatriz, reconociendo su inocencia, se fue a Toledo a verla en el convento y a pedirle perdón. Beatriz que, como Santa que era no le guardaba rencor, no sólo la perdonó sino que olvidando por completo lo sucedido se hicieron de nuevo grandes amigas.

Para mortificar la vanagloria que pudiera sentir de los elogios que recibía de su belleza, y queriendo conservarse en humildad, se cubrió el rostro con un tupido velo blanco que nunca se quitaba más que para hablar con la Reina, como señal de respeto, y de algunas otras contadas personas.

También iban a verla con su madre la Reina, los dos infantes Alfonso e Isabel, la que más tarde sería la Reina Isabel la Católica, que mantuvo gran amistad con Beatriz.

Toda la vida de Beatriz estaba repartida entre la oración y el trabajo en el que confeccionaba ropas que luego regalaba a los necesitados, entre los que gastó su fortuna, siendo feliz en la más rigurosa austeridad.

La Santa del silencio

En la Bula de canonización de esta Santa, dijo el Papa Pablo VI: "De la misma manera que el rostro extraordinariamente bello y puro de Beatriz de Silva permaneció velado... hasta su bienaventurada muerte, así también demasiados aspectos de su biografía.

"De hecho, ninguna palabra de esta Santa ha llegado hasta nosotros en sus sílabas textuales, y por tanto ningún eco de su voz; y tampoco ningún escrito de su mano...".

Esto nos mueve a decir de Beatriz de Silva que es "la Santa del silencio", pues de ella (al igual que de San José, según los Evangelios) no sabemos palabra alguna que saliese de su boca (Véase mi "Vida de San José").

No hay que dudar que el silencio tiene un gran valor, cuando las obras hablan. "En el silencio y en el recogimiento el alma hace progresos" (Kempis) y a Beatriz bien podemos aplicar la frase de los Proverbios: "No tu boca, si no la ajena sea la que te alabe" (27,2). De su boca no se oyó una alabanza a su favor, son otros los que hablarán y narrarán sus virtudes, y a ella la conoceremos no por sus dichos o palabras, sino por sus obras, y especialmente por su Obra como Fundadora de las Religiosas Concepcionistas.

Veamos lo que otros han dicho de Santa Beatriz:

—**Juana de San Miguel**, que vivió con Beatriz y luego fue Abadesa, dijo:

"Dábase mucho a la oración y ayunos y disciplinas y, sobre todo, la caridad de los prójimos". "Fue muy enemiga de los vicios y de los que los tenían".

"En medio de los combates del mundo, acordó ofrecer su virginidad y castidad a Dios y encerrarse en el monasterio de Santo Domingo el Real".

—**Otras religiosas**, contemporáneas, y son muchas, dicen que la vida de Beatriz fue una vida de silencio, de oración, de mucha humildad, de penitencia y austeridad, mujer de gran fe, modelo y ejemplar de virtud para todas.

El Papa Inocencio VIII aprueba la nueva Orden

Una tarde, después de la oración, cuando ya todas las monjas habían dejado el coro, queda Beatriz de Silva en íntimo coloquio con Dios. De pronto un gran resplandor la iluminó y vio a la Santísima Virgen que, mostrándola el hábito blanco y azul, le dijo con una mezcla de amor y firmeza que "VENIA A URGIRLE LA FUNDACION DE SU ORDEN".

Mirando a Jesús crucificado, acepta todos los trabajos a los que sabía se iba a exponer, y pronunciando su "Fiat", se dispone a cumplir sin demora los deseos de la Señora.

Uno de sus consejeros y principales colaboradores fue Fray García de Quijada, obispo de Guadix que "era persona con quien la sierva de Dios comunicaba los sentimientos de su alma y por cuya prudencia y religión se gobernaba en las cosas arduas".

La Reina Isabel la Católica, íntima amiga de Beatriz, era su principal confidente y colaboradora. Entre las dos deciden lo que tienen que hacer, y con la aprobación y consentimiento de la Curia Arzobispal cursan a Roma la solicitud de la aprobación de la Orden de la Inmaculada.

El Papa Inocencio VIII, por la Bula "Inter universa" (30 de abril de 1489) aprobó la fundación, y en el mismo instante que era firmada por S.S., un emisario celestial, que ella intuyó era el Arcángel San Rafael, le daba la noticia de la aprobación.

Tres meses más tarde recibe la triste noticia de que la nave en que venía la Bula de la aprobación se había hundido en el mar. Tres días estuvo la Santa muy apenada, sin saber que hacer, pidiendo a Dios la solución de su problema, y al día tercero al ir a sacar de un cofre algo que necesitaba, con gran sorpresa y admiración, halló la deseada Bula encima de él.

Consagración de la Orden

Con intenso júbilo se hizo una procesión, a la que asistió todo el pueblo, para dar gracias a Dios por el triunfo de la Bula milagrosa que el obispo de Guadix, Fray García de Quijada llevaba expuesta en bandeja la plata a la veneración de las gentes como si se tratara de una valiosa reliquia.

Recorrió la procesión desde la catedral hasta el convento de Santa Fe, y terminada la procesión, el Sr. Obispo predicó un sermón en que invitó a todos a acudir a la toma del hábito de las nuevas religiosas que sería dos semanas después.

La Reina Isabel la Católica, que se había hecho tan amiga de Beatriz, sabiendo que necesitaba una casa apropiada, le regaló una gran finca llamada ''Los Palacios de Galiana'' donde se instaló el convento de Santa Fe —Comendadores de Santiago— que fue la cuna de la nueva Orden de la Inmaculada Concepción.

Llena de alegría Beatriz trabaja sin descanso en la confección de los hábitos de las nuevas religiosas. Todos trabajan firme y esperan entusiasmados el día glorioso de la inauguración.

Los coloquios de Beatriz con el Señor en la oración y con la Santísima Virgen son cada vez más fervorosos y continuos. Por el día se lo pasaba trabajando en la confección de los hábitos y los demás menesteres, pero por la noche, mientras los demás descansaban ella apenas dormía, pasándolos en fervorosa oración.

Unos santos han sobresalido en la humildad, otros en la penitencia, otros en la pureza, otros en la caridad y el amor a los pobres, y todos en la oración. No ha habido ni habrá jamás algún santo, dice San Ligorio, que no haya sobresalido extraordinariamente en la oración, porque sin mucha oración, la santidad es una ilusión.

Por eso Santa Beatriz de Silva llegó a ser santa, y tan gran santa, porque hacía mucha oración.

Enfermedad de Beatriz

Cuando Beatriz y sus compañeras veían con ilusión cercano el día de la toma del hábito, sucede algo inesperado. ¡Oh secretos de Dios, cuan inescrutables son tus caminos!

Faltaban ya solamente diez días para el día solemne de la toma del hábito y con ello la definitiva inauguración de la nueva Orden, cuando se le aparece la Santísima Virgen y con voz deliciosa le dice: "Hija mía, de hoy en diez días, te vendré a buscar para traerte conmigo al Cielo, porque no es voluntad de Dios que goces acá en la tierra de esto que tanto deseas".

Luego vio que la lámpara que ardía ante el Santísimo estaba apagada, y al momento, sin que nadie la encendiera volvió a lucir de nuevo, y mientras lo contemplaba sorprendida, oyó una voz que le dijo: "¿Has visto cómo la luz de la lámpara se ha apagado y luego a vuelto a lucir?, pues así pasará con tu Orden. Al morir tú, la Orden se disolverá; más luego volverá a renacer y florecerá de tal manera que será multiplicada y extendida por el mundo entero.

Luego cayó enferma de gravedad y el día señalado estando en el lecho de muerte rodeada de las doce piadosas mujeres que iban a tomar el hábito y de algunos Padres Franciscanos, se realizó este acto tan trascendental en la intimidad y en un ambiente de suave e intensa melancolía.

En los momentos de su agonía, se apareció al Padre Tolosa, su confidente, que se hallaba en Guadalajara, y le apremió a que fuese a prisa a Toledo, a salvar la Orden que estaba a punto de deshacerse, y con el ruego imperioso y sin perder tiempo llegó a Toledo, y con su prudencia y autoridad sosegó aquella comunidad incipiente.

Al Cielo con la Virgen

Fray García de Quijada, obispo de Guadix había anunciado el 2 de agosto que Beatriz y sus compañeras recibirían el hábito "de aquí a diez días", es decir el día 17 de aquel mismo mes, como así sucedió estando Beatriz moribunda.

Le administran los últimos sacramentos, y, al levantarle el velo que le cubría el rostro para darle la Santa Unción, todos se admiraron de la hermosura de su cara que brillaba como un ángel; pero esa admiración subió al extremo al aparecer en su frente una brillante estrella al ser marcada con la cruz de la Santa Unción.

En aquel momento entregó su bendita alma en manos de la Santísima Virgen que, tal como le había prometido, vino por ella para llevársela al Cielo, desde donde vela por su Orden que se extiende en la tierra por numerosos países.

En aquel momento la misteriosa lámpara que vio Beatriz, se apagó..., pero después se volvería a encender, es decir, su Orden después de muchas tribulaciones florecería en todo el mundo. Ella murió con fama de santidad.

Estos sucesos prodigiosos hablan de su virtud: La aparición de la Virgen en su prisión de Tordesillas; la aparición de los frailes franciscanos al dirigirse a Toledo que, según todos los indicios resultaron ser San Francisco de Asís y San Antonio de Padua; la llegada de la Bula misterosa después de naufragar la nave en que venía; la estrella que marcó su frente al recibir en ella la Santa Unción de los enfermos, etcétera, etcétera.

Al ser canonizada el 3 de octubre de 1976 por S.S. Pablo VI, contaba la Orden con más de 150 conventos extendidos por Europa y América.

Al cabo de los siglos sigue brillando desde el Cielo la Estrella de la Orden de la Inmaculada Concepción y su luz continúa iluminando a sus hijas y a los cristianos todos que la invocan con devoción.

Santa Beatriz de Silva ruega por nosotros.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 978-84-7770-013-5. Depósito legal: M. 29.861-2009. Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

9 788477 700135